

I. ALMODÓVAR DEL RÍO

Nací en 1953. Mi madre trabajaba en las cocinas del cortijo La Torre, de los marqueses de Siria, en Almodóvar del Río. Mi padre era jornalero. Yo pasaba muchas horas con él. Cuando se ausentaba, solía buscar a los manijeros y a los gañanes. Jugaba con la tierra, subía a la grupa de las mulas, correteaba por los campos, los patios y las cuadras. La vida era entonces intensa, como los colores y el agua cuando les roza la luz del Sur.

Cada tarde, con la puesta de sol, tomábamos el camino del pueblo, siempre con el castillo de fondo. Íbamos andando; yo en los brazos de mi padre.

A veces la luna de verano, roja e infamada sobre los cerros, nos sorprendía aún por el camino terrizo. Ladraban los perros a lo lejos, y el coro de las chicharras y los grillos conformaban todas las nanas que nunca me cantó mi madre, mientras me iba adormeciendo sobre los hombros de él. Olía a sudor y a jara.

Nunca he vuelto a sentirme tan segura, mecida en la respiración agitada de su cansancio, casi pegada a su rostro

de campesino, cuarteado, igual que las charcas en tiempos de sequía.

Al llegar a casa, ella le vertía el agua en la palangana de porcelana, junto a la chimenea de la cocina. Desde mi silla baja, de anea, le observaba enjabonarse la cara, el cuello curtido por el sol, la marca del triángulo moreno tatuada en su pecho, largo y faco. Entraba al cuarto a vestirse de limpio. Cuando salía ya estaba arreglada para irnos a la taberna, solos él y yo.

Nunca olvidaré su forma de mirarme. Era la luz de sus ojos. Le adoraba. Unidos por siempre a él se quedaron los mejores años de mi infancia. Jamás sabré si aquella armonía sería la razón de los insultos y vejaciones que, más tarde, me procuró mi madre. Quizá algún día pueda recordarlo sin llorar. Quizá pueda reconciliarme con ella. De momento, sigue intacta en el recuerdo; distante, fría, tan oscura como los lutos eternos de las mujeres del pueblo, marcadas todavía por las tragedias de la guerra, que se cebó especialmente con sus maridos y sus hijos.

Aquella mujer, de la que nunca recuerdo un beso o un gesto de cariño, no se parecía en nada a su madre, la abuela Marcelina. En el verano del cincuenta y cinco vivía con una hija más pequeña, que estaba a punto de dar a luz. En su casa, una tarde, a principios de aquel verano, fuimos a despedirnos de las dos. Nos marchábamos con la señora marquesa a San Sebastián. Sería mi primer viaje y también la vez primera que me separaban de mi padre.

Tomamos un tren hasta Córdoba y otro a Madrid. Pasamos la noche en el Paseo de la Castellana; en un piso grande y precioso, que los señores tenían en la capital, con sofás isabelinos, muebles tallados a mano, lámparas de cris-

tal, paredes llenas de cuadros, espejos y cornucopias; los techos eran muy altos, adornados con grecas y plafones de colores. Mi madre y yo dormimos donde el servicio. Al día siguiente, tomamos otro tren hasta Hendaya. En la estación nos recogió el chofer de la señora.

Habíamos cruzado España, casi de punta a punta. Pude ver correr todos sus paisajes, tan distintos, frente a mí, como en una película. Me encantaba sentarme junto a la ventanilla y no quitarles ojo. A pesar de la distancia y las horas, conservo recuerdos muy vivos de esa primera vez y del encuentro con el mar, cuando cruzamos San Sebastián, sus barandales y farolas blancas, sobre un charco inmenso, azul. Siempre he pensado que fue entonces cuando me aficioné a los viajes y a los trenes.

El palacete estaba en Zarautz. Tenía jardines frondosos y sirvientas por todas partes, jóvenes y de uniforme. Yo jugaba con ellas constantemente y, salvo por el recuerdo de mi padre, creo que fui feliz. Entre junio y septiembre volvimos todos los veranos. El de 1960 fue el último. Todavía no sé si tendría yo algo que ver en ello.

Alguna vez celebraban reuniones y fiestas importantes en la residencia aquella. La casa estaba para pasar revista. Las muchachas vestían un uniforme más impecable de lo habitual, los suelos y los muebles se enceraban, se baldeaban las paredes de los jardines y las cocinas se llenaban de comidas y manjares extraordinarios.

Una de aquellas noches especiales estaban todos los señores sentados junto a una mesa muy larga, vestida con un mantel bordado de lino, cubiertos de plata, cristalería y vajillas de lo mejor de la casa. Había mucha gente, pero se veía que quien llevaba la batuta, porque presidía y todos le

hacían la pelota, era un señor rechoncho con cara de pan “fao”. Entonces a una de las muchachas se le ocurrió retarme.

—Mari, ¿a que no eres capaz de pedirle un duro al invitado?

—¿A cuál?

—Al pelón, al pelón —contestaron a coro.

No me lo pensé dos veces. Me colé por los pasillos, alcancé el comedor, me puse a su lado, le di un golpecito en el brazo y le dije:

—Oye, ¿tú me puedes dar un duro?

—¿Quién es esta niña? —preguntó limpiándose la boca con el pico de la servilleta, de una forma muy cursi.

—Perdone su excelencia, es la hija de la cocinera —respondió la marquesa con la cara como un tomate.

—¿Cómo te llamas?

—Mari. ¿Me das el duro o no?

—Te lo voy a dar. Pero las niñas buenas no piden dinero.

«Vale, vale» pensaba yo. «Lo que tú digas. Pero dámelo ya».

El caso es que la cara del pelón me sonaba mucho. Pero no sabía de qué. Luego me dijeron que era del NO-DO y se trataba del mismísimo general Franco. No se me olvidaría jamás; sobre todo, por la paliza que me dio mi madre, a pesar de que las muchachas me excusaban y se culpaban de todo. Ella soportó también la regañina de la señora marquesa, como el resto del servicio, y le ordenó que estuviera más pendiente de mí.

Para facilitarle las cosas e impedir que estuviera todo el día dando la lata, decidieron llevarme a un colegio hasta que acabara el verano. Era de religiosas. Nunca antes había visto

las tocas de esas monjas. Eran como dos alas blancas, muy tiesas, que le salían de encima de las orejas, reposaban en los hombros y subían otra vez, como dos cuernos grandes. Cuando les preguntaba por aquello, me decían que era para que no se les viera el pelo, pero yo las utilizaba para echarle dentro todo lo que pillaba, cada vez que podía.

El colegio debía estar a algunos kilómetros del palacete. Me llevaba subida en el manillar de su bicicleta una de las sirvientas, Pepita. En uno de esos días se produjo el accidente. Chocamos con un coche y, como iba delante, fui la más perjudicada. Tengo el recuerdo de un dolor intenso en las piernas, el vestidillo y los muslos llenos de sangre. Aquel percance tendría unas consecuencias terribles en mi vida. Entonces no comprendí su gravedad.

Aquel verano, como en los anteriores, las muchachas del palacete volvieron a llevarme a las fiestas de San Sebastián, con sus novios. Se celebraban el 15 de agosto. No volvimos. Pero se me han quedado fechas y recuerdos de aquel tiempo grabados en el rincón de las sensaciones buenas, como el regreso a la casa de Almodóvar y el reencuentro con los brazos de mi padre. Me llama la atención cómo es la memoria, que nos hace olvidar lo malo con el tiempo; pues también me llevaba una tunda diaria de mi madre y lo recuerdo menos. Una de las muchas cosas que no soportaba de mí era que de pequeña mojaba mi cama; las muchachas, en cambio, trataban de calmarme. Ahí, en el rincón de lo bueno, están también sus nombres: Pepita, Maruja y Mari Luz. ¿Qué habrá sido de ellas y del jardinero? Se llamaba Andrés, un buen hombre que también me quitó muchos palos. Cuando hacía alguna trastada o me meaba en la cama y me pegaban, al verme llorar, siempre me decía:

–Mari, vente al jardín, que aquí, entre las flores, todo es más bonito. Verás como nadie te pega ni te riñe.

De algún modo, fueron años casi normales. Podrían haber sido mejores si el cariño que me daban los demás lo hubiera recibido de mi madre. Si ella hubiera sido menos rancia. Sufría por eso. Claro que, entonces, no podía sospechar que, a lo largo de mi vida, recordaría aquel último verano, en el País Vasco, como un tiempo feliz. Tenía siete años.

Mi madre no pudo volver. Tuvo que ocuparse de los cinco hijos de su hermana, uno de ellos el recién nacido.

–Cuando volvamos ya habrá niño –le había dicho mi madre, al marcharnos el último verano a San Sebastián.

Mi tía sonreía, como siempre. Era una mujer alegre, cariñosa, seguramente feliz. No la vimos más. No fue culpa de nadie. Las cosas eran así antes. Las mujeres parían en las casas. Se quedaban embarazadas sin controles de médicos ni especialistas. Si el niño venía bien, pues bendito sea Dios, y si mal, se morían ellas, o las criaturas, o los dos. Entonces todas volvían a ponerse el pañuelo negro, si es que habían llegado a quitarse el de la muerte anterior, y la casa se inundaba de vecinas; amortajaban, acarreaban sillas, rezaban y agudizaban el dolor recreándose en las virtudes de la fallecida, en la desgracia del marido, de la madre o del hijo. A los niños los guardaban en cajitas blancas e íbamos otros niños a acompañarlos con cintas de colores colgando del ataúd. Eran los “enterretes”. No cesaban en todo el año, y en verano eran casi a diario. Después, el silencio volvía a inundar la casa. No había radios, ni coplas en las cocinas, ni salidas al paseo; no se ponían pendientes ni sortijas, y si salían a la calle era sólo para trabajar en los campos o ir a lavar a las huertas, junto a las albercas. Así se les iba la juventud. Era

algo que siempre me llamó la atención. Parecían brujas, tan serias, tan amargadas.

Los maridos y los hijos, en cambio, seguían su vida normal. Yo me los encontraba en la plaza o en el bar, cuando salía con mi padre.

—¿Por qué son así las cosas padre?

Él siempre me daba la misma respuesta.

—Las mujeres tienen que estar en la casa, guardándole la cara al “marío”.

Había otras cuantas premisas que no olvidaré jamás: No te pongas pantalones, no fumes, no te juntes con los niños, que no te achaquen ningún novio y el latiguillo de mi madre cuando, tantas veces, siendo ya medio mozuela, me prohibía salir de casa viéndome arreglada ya, y solía decirme:

—Tú no pisas la calle, que el buen paño en el arca se vende.

Cuando eran ellas quienes morían, las familias resolvían repartiéndose a los hijos. Mi madre se quedó con el recién nacido. Se lo trajo a mi casa a vivir, para criarlo ella. Enseguida me di cuenta de cómo iban a cambiar las cosas para mí. Metió al niño en mi cuna y empezaron a darle de comer en el vaso de la tetilla grande, con el que solía comer yo. Llegó como caído del cielo. Debió ser lo mejor que le pasó en su vida. Él era de su sangre. No es que yo lo pensara. Lo sentía. Era como si, a partir de entonces, yo hubiera empezado a hacerlo todo mal. Me reñía más y siempre acababa con la misma retahíla: “Donde no hay sangre no hay morcilla”. Entonces no entendía nada.

Me buscó un colegio en el pueblo. Me daba miedo. Apenas había tenido contacto con otras niñas. En San Sebastián, como era verano, las monjas estaban solas. Había

que ir a la escuela y estaba asustada. Los primeros días me levantaba llorando por quedarme en casa, hasta que me fui acostumbrando. Mi padre, que era analfabeto, me convenció de lo bueno que sería empezar a leer y a escribir. Pero surgió el problema: era zurda.

Cada mañana, la profesora me ataba la mano izquierda a la espalda, en la parte trasera del pupitre. Las horas se me hacían eternas. Lo pasaba fatal. Tenía la sensación de estar presa. Para colmo, las niñas se reían de mí. Al entrar, cuando cantábamos el Himno Nacional, o en la fila de la leche en polvo, o en el recreo, siempre había alguna que me sujetaba la mano zurda, con aquella crueldad propia de los niños. Insistía en cambiar de colegio, pensando que así acabaría el problema. Se reprodujo una y otra vez, en cada uno de ellos y con cada una de las maestras.

Empecé a odiar la escuela. Detestaba los mapas y los cuadernos, las fotos de Franco y de José Antonio escoltando la cruz, el rincón donde nos ponían de rodillas con los brazos abiertos y las pizarras negras colgadas en la pared, en donde cada mañana la maestra pintaba un prisma, con la fecha, el día de la semana y el mes. El aburrimiento me hizo aprender de memoria cada elemento de aquella escuela: la caja de madera con las figuras geométricas y el ábaco de contar bolas para aprender a sumar; las huchas del DOMUND, con las cabezas de las cuatro “razas” –blancos, amarillos, negros y cobrizos–; los dibujos que la maestra reproducía de la enciclopedia Álvarez, con el ojo de Dios dentro del triángulo, la balanza bajo la cruz, las ánforas del milagro de Caná o la cesta con la manzana podrida, diferente a todas, como yo, con mi babero blanco y mi mano atada a la espalda.

Inconscientemente debí intuir que negarme a aprender era la única forma posible de rebeldía. Decía no a todo, incluso cuando nos ponían, como en un juego, a raspar los pupitres de madera, con medias cuchillas, para limpiarles la suciedad. Unas y otras, me fueron dejando como cosa perdida hasta que, al final, fui a caer con una maestra distinta. Nada más verla supe que me sentiría bien.

Doña Felisa vivía en Córdoba, en la calle Siete de Mayo de Ciudad Jardín. Todos los días iba al pueblo a darnos clase. Tenía ese aire distinto que da la capital; era cariñosa, olía a gloria bendita y yo disfrutaba a su lado. Los cuadernos Rubio de caligrafía empezaron a resultarme amenos e hice mis primeras amigas, Fernandi y Agustina. Me aficioné a leer tebeos y a los cuentos de hadas; me leía hasta los del Capitán Trueno de Manolín, el hermano de mis amigas, el amor más feliz y el más desgraciado de mi vida. La maestra se llevaba la comida de casa y almorzaba en el comedor del colegio. Pasé de estar deseando salir corriendo de la clase a quedarme la última, para estar un ratito más con ella. Doña Felisa me marcó para siempre. Llegó a conocer la niña que yo era. Me enseñó a escribir con la derecha, sin tener que dejar de utilizar la zurda, y nunca me ató la mano. Me hizo estudiar hasta sacarme el certificado de Estudios Primarios, que era lo que daban antes. Los años buenos, junto a ella, me curaron de todos los demás, si es que eso era posible. A veces pienso que, aunque arrinconándolos, los pasajes dramáticos de la infancia pueden más que nosotros y se nos aparecen cuando menos lo esperamos; igual que las almas en pena que iban a pedir sus misas, de noche, a los pies de la cama de la gente de mi pueblo, y no se iban hasta que, quien fuera, cumplía la promesa que el muerto había hecho

en vida. Otras veces, como los recuerdos eran insistentes, regresaban una y otra vez, en las alcobas, los altares o las puertas de las ermitas.

Aquellos años están en el lado bueno de la memoria. En parte, gracias a mi maestra y a mi abuela Marcelina, las únicas personas con quienes me sentía querida de verdad y que me lo demostraron durante años.

Mi vida era tranquila, en el colegio y en casa de mi abuela. En la mía, mi primo me había destronado y yo maquinaba trastadas para convertirme en protagonista, por ejemplo tirando al pozo los pollitos del corral, uno a uno, aunque luego me obligaban a bajar a aquel agujero para rescatarlos, pero mientras tanto tenía a todos pendientes de mí. Otras veces, muchas –porque aquello era mi debilidad– iba al comercio de Isabel, era una de esas tiendas de ultramarinos de pueblo donde se mezclaban: las latas de Cola-Cao con los sacos de azúcar en terrones; las latas de tomate a granel con los chicles Bazooka o Cosmos, los chicles negros de regaliz que nos dejaban boqueras negras; los tacos de jabón verde y champú Sunsilk, en bolsitas con forma de rombo con las cajas redondas de sardinas arenques; bobinas de hilo La Cometa con el Zotal y las cuerdas para las carruchas con las “arribañeras” para el pozo y los barreños de zinc, que servían por igual para el baño de los niños o la colada o la elaboración del jabón de sosa. Me gustaba ir allí, a mirar y a oler. Nunca he vuelto a sentir el aroma de aquellos comercios.

Las madres mandaban a los niños a hacer los “mandaos”, sobre todo, cuando no había dinero e Isabel sacaba su libreta y apuntaba. En mi casa no recuerdo que faltara el dinero, pero yo sabía que se hacía así. Un día, mirando la ta-

bleta de chocolate El Gorriaga abierta sobre el mostrador, se me ocurrió una idea.

—Isabel, que dice mi madre que me des una jícara de chocolate y la apuntes, que luego te la paga ella.

—¿Cómo es que no viene tu madre contigo?

—Está mala. Pero me ha dicho que en cuanto se levante viene y te la paga.

A ella no le extrañó, a mí madre sí. Menuda paliza me dio aquel día. Sin embargo, lejos de escarmentar, me puse más rebelde. Días después me traje unos zapatos de Roldán, con el mismo método. El hombre me hizo la misma pregunta que Isabel, di la misma respuesta y me llevé la misma paliza después. Con el tiempo he comprendido que, para ella, comprar “fao” debía ser violento, aunque fuera lo normal para el noventa por ciento de las familias de Almodóvar.

Aquel era un pueblo de economía precaria y viviendas humildes. No había taza de váter ni agua en las casas. Sólo los más afortunados tenían un pozo en el corral y sólo los ricos tenían baño, aunque no tan lujosos como los de los marqueses. Teníamos el orinal debajo de la cama; para el resto íbamos al corral, hiciera frío o calor. El papel de estraza hacía las veces del higiénico. No era dramático. Estábamos hechos a eso. Por la mañana, las mujeres guardaban su vez en las colas de las fuentes públicas. Colocaban los cubos y los cántaros en fila, mientras hablaban de sus cosas o criticaban a otras vecinas. En verano, cuando se echaba un poco el calor, pasaban las mulas y las burras, cargadas con las aguaderas y los cántaros, de regreso de los pilares. En todo este tiempo iban las mujeres con los “roetes” de trapo sobre las cabezas, sujetando los baños de zinc. Allí llevaban

la ropa limpia —la propia o la de las señoras ricas— con la “restregaera” de madera encima; así iban y venían de quitarle las miserias a los señores. Los pañuelos de mano eran asquerosos.

En los lavaderos públicos de las afueras se echaba el día. Para las niñas chicas, era una excursión. En los días de calor nos mojábamos con la regadera de las plantas, y a la hora de comer sacaban la esportilla, con la hogaza, las chachinas o lo que hubiese. Luego, cuando entrábamos en edad de trabajar, ayudábamos a sacar agua del pozo, a extender las sábanas en la hierba, a lavar los trapos chicos, a doblar las sábanas, a transportar cubos y cántaros. Las comidas de la “esportilla” y las duchas con la regadera dejaron de tener encanto.

Las pilas de las huertas a veces se alquilaban y, otras, se usaban por amistad. Luego empezaron a proliferar los cuartillos en el corral, compuestos por un poyete y varios lebrillos, en donde se metían a lavar dos días por semana desde muy de mañana hasta bien entrada la tarde.

En verano, al llegar la noche, el calor del Sur se hacía insoportable. Entonces tirábamos los colchones de borra en el suelo y dormíamos todos donde había corriente. Sudábamos a chorros. El calor era más insoportable con el cuerpo recalentado del cansancio y el sol.

Tengo más recuerdos del cuartillo que de las huertas. Mi madre lo puso enseguida. Le gustaba dar buena imagen y, en honor a la verdad, he de decir que siempre me sacaba a la calle muy bien arreglada. La novia de un sobrino suyo era costurera. Cada año, antes que empezara el verano, la llamaba a casa y la tenía una semana cosiendo vestidos para mí. Fue así hasta que llegó el niño nuevo y las cosas empezaron a ir de mal en peor. Ella sólo tenía ojos para su sobri-

no. Yo no le importaba ya. No entendía mucho aquello. Era una niña de ocho años, casi normal, creo. Me gustaba jugar y no sabía que la gente pudiera tener maldad y tanta mala leche. En aquel tiempo empecé a enterarme.

A mediados de febrero era el tiempo del Carnaval. Me gustaba mucho disfrazarme, salir a la calle con la careta, irme al salón de las máscaras, a mirar los colores, a jugar, a reírme. Estaba en el Ateneo Popular de Almodóvar, un edificio antiguo, de paredes anchas y azulejos señoriales, con un patio central rodeado de corredores, al modo de las casas de los señoritos andaluces y un escenario de madera al fondo. Aquello se llenaba de gente con disfraces. Mi padre era portero de las fiestas y del cine, que también estaba allí. Yo disfrutaba mucho en aquellos días, entre la gente que bailaba, reía, lanzaba papelillos y se embromaban entre ellas.

Un día de Carnaval había un corrillo de mujeres bailando. Yo llevaba un alfiler de cabeza negra de sujetarse mi madre el velo, y se me ocurrió pincharle a una en el culo. Todas se rieron del salto que dio. Ella se volvió, me dio un bofetón y se me cayó la careta.

—Anda, mira. Tenía que ser la de la cuna —dijo.

Me eché a llorar por la bofetada —lo otro no lo entendí—. La amenacé.

—Te vas a enterar a mi padre.

—¿Tu padre? ¿Dónde está tu padre? Ese de ahí no es tu padre. Tú eres de la cuna. ¡Vamos con lo humos de la bastarda!

—¿Qué es eso? —pregunté llorando.

El corrillo empezó a sonreír, lanzándose miradas malévolas de complicidad. Nadie —nunca podré olvidarlo— tuvo un gesto de apoyo hacia mí. La más “desahogá” de todas me dio la respuesta.

—¿Que qué es eso? ¿Pues qué va a ser? Las niñas que sus madres no tienen “marío”.

No tenía ni idea de lo que aquella mujer estaba diciendo. Sólo sé que me dolió más que cualquier paliza de mi madre y, sin saber porqué, sentí una vergüenza terrible. Había mucha gente alrededor. Me miraban, pero lejos de decir nada, aprobaban las ofensas de aquella mujer con sus sonrisas y sus carcajadas.

—Se lo voy a decir a mi padre. Te vas a enterar ahora.

—Y dale con la niña. Niña, que ese no es tu padre. Que no te enteras.

Corrí a la puerta, a buscarle, con la cara encharcada en mocos y lágrimas.

—¿Qué te pasa Mari? ¿Qué te han...

No le dejé terminar.

—A ver. ¿Tú eres mi padre?

—Pues claro que sí. A ver, ¿qué ha pasado?

Se lo conté todo, pero él no pareció darle ninguna importancia.

—Anda, no le hagas caso. Esa mujer es una chismosa. Vete a casa y lávate la cara, que no te vea tu madre con esos churretes.

Salí corriendo, a contárselo a mi madre. También lo desmintió.

—Todo eso son mentiras. Es pura envidia, porque ella no sirve.

—¿Qué es que no sirve?

—Que no sirve, que no puede tener hijos. Una mujer que no sirve para tener hijos, no sirve “pá ná”.

No me quedé conforme. Me fui a casa de mi abuela Marcelina. Ella también me mintió, pero con ella no sentí que lo estuviera haciendo y me tranquilicé. Para que dejara

de hacer preguntas, me invitó a dormir en su casa. Sabía que era lo que más me gustaba. Allí sentía verdadero cariño y miedo a la vez, de perderla.

–Abuela. ¿Tú cuando te vas a morir? –le preguntaba.

–No pienses en eso ahora. Me queda mucho todavía y mientras yo viva estarás aquí.

Sabía bien lo que estaba diciendo. Yo entonces no lo entendía. Luego sí. Recordando sus discusiones con mi madre –que eran muchas– todo empezó a tener sentido. En nuestros encontronazos, volvía a aparecer la frase favorita de mi madre: “Donde no hay sangre no hay morcilla”.

Un día, un reproche de mi abuela me confirmó que la mujer del baile de Carnaval no me había mentido.

–Si no la querías, ¿para qué la recogiste?

Aquella pregunta abrió todos los interrogantes y toda la lucha de los siguientes cuarenta años, marcando un antes y un después en mi vida.

Supe que mi abuela conocía el secreto y me dolió que me hubiera mentido. Pasé unos días callada, asumiendo mis sentimientos de soledad, de desamparo, de tristeza. No sé muy bien. Lo experimentaba por vez primera, y como otros que vendrían después, fueron encajándose en mi corazón a golpes de dolor; luego, al cicatrizar en mi corazón, quedó una capa dura, como la costra de una herida, que poca gente ha podido atravesar.

Nadie me preguntó qué me pasaba ni me ofreció su experiencia de adulto. «Estás sola», me repetía. Creo que fue en esos días cuando asumí la soledad que habría de acompañarme en adelante y activé mi memoria, en un ejercicio de concentración intuitivo, casi animal. Me empeñaba en recordar de manera obsesiva, apretándome las sienes, cerrando los ojos, transportándome como en una nube de

humo, para ir ordenando mis ocho años de vida. Buscaba el rostro de mi madre, una imagen de ella. ¿Quién sería? ¿Dónde estaba? Allí empezó la pregunta que no cesaría hasta encontrarla.

Desperté de aquello queriéndolo saber todo. Empecé a hacer preguntas a quienes me encontraba; registré la cómoda, las mesillas, el baúl, cada cajón de mi casa. Estaba siempre pendiente de las conversaciones de los mayores. Los sueños se volvieron más intensos, mezclados con el constante bullir de mi esfuerzo por recordar. Recuperé mi propia imagen, en una cuna, junto a otros niños como yo. Creo que ni para comer nos sacaban de allí. Era una sala grande de ventanales altos. Todo era difuso, salvo el miedo; el pánico a la oscuridad que me acompañará hasta la muerte, mis llantos y los de los demás.

En uno de los sueños vi a las monjas de San Sebastián y a otras que no llevaban sus toquillas de alas. Me desperté preguntándome dónde había visto a esas monjas. Conseguí recordarlo. Había sido en el cortijo de La Torre, siendo muy pequeña. Me escondí, instintivamente. Las escuché discutir con mis padres. Hubo una bronca tremenda entre mi padre y ellas. Insistían en llevarme. Pasé mucho miedo.

Ahora mis recuerdos propios se entremezclan con cuanto he ido descubriendo de mi vida: el verdadero lugar de mi nacimiento, un 20 de mayo de 1953 en la Casa de Maternidad de Puerta Nueva. Mi madre me dejó allí. Al día siguiente me bautizaron en la capilla del Sagrario, como a todos los incluseros de entonces. Me impusieron el nombre de Salud y los primeros apellidos que se les ocurrieron; a su libre albedrío, así hacían las cosas.

Mis padres adoptivos me sacaron del hospicio antes de cumplir los dos años. Eso sí logré recordarlo. Debía estar

muy contenta. Las monjas me pusieron un vestido y unos calcetines blancos, un lazo en la cabeza y zapatos de charol, los primeros que tuve. Me esperaban en un zaguán grande, salimos a un jardín y cruzamos una verja de hierro. ¿Quién sabe si era la primera vez que me abrazaban? Por entonces dudaba si aquello era recuerdo o fantasía. Todavía no se había producido el reencuentro con aquellos escenarios por los que hubiera podido caminar con los ojos vendados. He recompuesto cada escena de ese día; la sensación de sentirme en brazos de alguien, cómo me agarré al cuello del hombre, sin querer soltarme. Fue la primera vez que vi las calles de Córdoba. Debí mirar con mucha atención aquella ciudad, que cruzamos de punta a punta. La recuerdo tal y como era entonces, llena de cercas, campos y terrenos baldíos, con muchos pisos a medio hacer y, en las afueras, algunas chabolas. La estación, los caminos de tierra junto a los jardines de Los Patos, que subían a Las Margaritas, y Las Tendillas, las de antes, con el olor a calamares del bar La Malagueña, con el cuadro de Cruz Conde pintado por Julio Romero, anunciando el año La Cordobesa.

Fue mi primer viaje, también lo hice en tren, como una premonición, como todos los que haría a lo largo de mi vida. Aquel fue el único feliz. No sé cuánto duró. Llegamos a una casa. Había una cuna y un cuarto para mí sola. Dios mío, cuántas veces volvería a añorar un cuarto para mí sola.

Salí del letargo que me produjo sospechar que podría ser una bastarda. Luego quise olvidarme o creí olvidarlo, lo aparqué, sería lo más correcto. No sé. Supe que nadie me diría la verdad y me mentalicé. No tenía que andar preguntando. Todos mentían. Algún día sabría o me daría cuenta, como con otras cosas que todos callaban y, sin embargo, adivinaba. Nadie me había dicho, por ejemplo, que era dife-

rente a las otras niñas, con madres de su misma sangre, que las querían.

Llegó la hora de la primera comunión. El día del Corpus me pusieron un vestido blanco, corto, como se llevaban en aquellos tiempos. Ese debía ser el día más importante de mi vida, decían las maestras, y lo fue. Inolvidable, sin duda, gracias a la tunda de palos que me dio mi madre. Me señaló el cuello y para que nadie viera nada, me tapó las señales de los golpes entre las trenzas y el bias del vestido. No sé muy bien por qué lo hizo. Creo que me manché los zapatos, o algo así. En cualquier caso, no le hacían falta demasiados motivos para apalearme. Sus palizas eran el pan nuestro de cada día.

Después de tomar la comunión, los niños lo celebraban en su casa, poniendo embutidos, refrescos y vino a los amigos y a la familia. En mi caso, no hubo nada, salvo los besitos de la familia y de las vecinas.

Por la tarde, me volvieron a poner el traje de comunión para la procesión del Corpus, que salía de la Iglesia de la Inmaculada y pasaba por la puerta del Ateneo y la del Ayuntamiento hasta la calle del castillo. El olor a incienso y la fila de mayores vestidos de negro, con los niños de blanco en medio, recorría las calles principales del pueblo. Había mantones, colchas y banderas de España en los balcones. Íbamos todos los niños en fila, las niñas con canastitas de flores. El suelo estaba lleno de pétalos y juncias del río. Olía a verdor y a campo y hacía calor. Por mucho que una quiera olvidarlo son cosas que se quedan aquí dentro, para siempre, en la parte mala de los recuerdos. Al frente de la comitiva iban las autoridades del pueblo y don Miguel, el párroco. A ese le contaba todas mis penas en el confesio-

nario. Era mi consuelo, aunque nunca me daba soluciones. Quizá porque mi madre era su beata más fiel.

Murió mi abuela Marcelina y me quedé más sola que la una. Fue entonces cuando dejé de ser tan niña. En el velatorio lloraba todo el mundo. Mi madre también. Aquel ambiente me asfixiaba y, delante de todos, le dije a mi padre que me diera dos pesetas para irme al cine. Me gustaba mucho Manolo Escobar y echaban “Un beso en el puerto”. Mi padre me dio el dinero. Cuando me iba para la calle vino mi madre y me cogió por las trenzas. Luego lo pensó mejor y se limitó a decirme:

—Anda, disfruta lo que puedas que dentro de poco te voy a dar una sorpresa. Ya verás como no se te olvida nunca.

No le di importancia. Tenía doce años. Ya había empezado a trabajar en los campos, recogiendo algodón en verano, aceitunas en invierno; lo que iba saliendo según la temporada. Todo era duro. Pero yo llevaba peor el invierno. Salíamos para el tajo antes de amanecer y no regresábamos hasta que se hacía de noche. Era cuando sobre los campos y los charcos crecía la escarcha. Crujía al pisarla con las botellas de goma o bajo las rodillas heladas. Hacía más frío que lavando rábanos y las manos picaban como demonios, reventadas de sabañones. Para aliviar el dolor en las puntas de los dedos nos poníamos las coronillas de las bellotas, a modo de dedales. Nada más llegar, los hombres encendían una candela con un tronco seco que se pasaba el día ardiendo, como los de las chimeneas. Allí metíamos dos piedras a calentar, luego guardábamos una en los bolsillos y dejábamos otra de reserva, cerca de la lumbre, para desentumescernos las manos. El fuego servía también para hacer las

migas o asar el trozo de tocino o el pedazo de morcilla del canasto.

El verano era otra cosa. Soportábamos las temperaturas propias del Sur, pero como, en mi tierra, nos llevamos todos tan bien con el sol y el calor, se hacía más llevadero, una se cansaba menos y volvía al pueblo deseando pillar la palangana o el cubo del corral, para refrescarse un poco y, si encartaba, irse al cine o a tomarme el vaso de Casera con mi padre.

En cambio, en invierno, sólo íbamos al cine los domingos. Como mi padre era el portero entraba de balde y no me perdía ninguna película. Me aficioné desde muy chica a aquello y buenos berrinches me llevaba cuando no podía entrar porque no era tolerada, para todos los públicos, quiero decir. Me gustaban las de color y hasta el NO-DO, que era tan gris. En realidad, todo lo que sabíamos del resto del mundo llegaba con tonalidades grises. Otras ciudades, edificios enormes, las fiestas de la gente rica, salían de la pantalla del cine de Almodóvar, amueblado con sillas numeradas, casi con chinchas. Arriba estaban los palcos, tan altos, sólo para las autoridades y los militares.

De cuando en cuando se iba la luz o se cortaba la cinta y empezaban los chifidos. Si la avería era de la máquina hacían un descanso y ponían un disco de gramola, de Lola Flores, de Marifé de Triana, de Concha Piquer o alguna por el estilo. Me acuerdo de algunas letras: «...Siempre a la verita tuya hasta que de amor me muera...», o aquella otra que decía: «Carmen de España valiente/ Carmen con bata de cola/ pero cristiana y decente». Y los Ojos verdes, «como el trigo verde, y el verde, verde limón».

Apenas recuerdo mis primeras “peonás”, pero las películas las tengo grabadas, desde los primeros tiempos a los

últimos, desde “El Ruiseñor de las Cumbres” o “Rocío de la Mancha” a “Love Story”, que la vi tres veces

Quizá tampoco me sintiera desgraciada por tener que ir a trabajar desde tan chica; para muchas niñas de mi tiempo, los campos o servir en las casas de los ricos, era lo normal. Algunas familias de señoritos, si tenían a la madre de criada, también cogían a la niña, para que se fuera acostumbrando, por el mismo precio; como a los muchachos que entraban de aprendices, con la diferencia de que a ellos les daban algo, aunque fuese poco. Yo nunca serví de chica. Daba “peonás”, como casi todas las niñas jornaleras. No me sentía mal por eso; por otras cosas, sí.

Mi vida empezó a convertirse en un infierno y siguió así, hasta cumplir los catorce años; y en adelante también, sólo que para entonces había aprendido a bandearla.

Al día siguiente de enterrar a mi abuela, mi madre empezó su venganza contra mí. Todos los días montaba una bronca, con palos, castigos e insultos. Yo no me callaba. Mi padre sufría.

A pesar de ese ambiente y esa situación, nunca falté a la escuela. Había empezado a bordar e incluso hacía sábanas para los ajuares de las novias. Me apunté también a aprender peluquería y a unos cursos para hacer ropa de hombre. Entre una cosas y otras, me hice aprendiz de “tó” y maestra de “ná”. De eso no puedo echarle la culpa a nadie, salvo a mí misma. Siempre fui culillo de mal asiento.

Me recuerdo cosiendo y cantando, en un corrillo de niñas jóvenes; en verano al sol y en invierno alrededor del brasero, con la alambarrera y en sillas de anea. Hay una canción que me repito mucho no sólo porque cuando la canto y cierro los ojos me parece estar de nuevo en mi pueblo, sino porque tengo una manía: el día que se me olvide será

como olvidarme de Almodóvar, como haber tirado la toalla, mis ganas de comprarme una casa allí y morirme donde creí haber nacido.

*«Si el castillo de Almodóvar
se volviera pan de higo
los malenos y los cucos
ya se lo hubieran comido.
¡Ay, qué castillo! ¡Ay, qué muralla!
No hay más remedio que atravesarla.
Si la atravieso o no la atravieso,
en su castillo me quedo preso».*

Por aquel tiempo ya llevaba unos años saliendo con Manolín, el hermano de mis amigas de la escuela. Cuando nos conocimos yo tenía doce años y él catorce. Su madre estaba sola, su padre era uno de tantos a quien el hambre mandó para Alemania; sus hermanas, Fernandi y Agustina, estaban en mi mismo colegio y él en el de al lado, porque los niños y las niñas estudiábamos en escuelas separadas. Todos andábamos en la edad del pavo. Cuando salíamos de la escuela nos íbamos a jugar a su casa. A mi madre no le gustaba que llevara niños a la mía. Recuerdo que tenían otra hermana, poco mayor que nosotras, que no podía ir a la escuela porque debía cuidar a los más pequeños y ayudar en la casa; de modo que iba a unas clases nocturnas, de ocho a diez, sólo para aprender a leer y a escribir y yo, que estaba loca por aprenderlo todo, me apunté con ella. Entre los juegos y las clases estaba todo el día rondando a aquella familia.

De noche, al salir de clase, Manolín me esperaba en la puerta y me acompañaba hasta la esquina de mi casa. Sólo podía verlo como el hermano de mis amigas. Me agradaba,

pero era muy niña. Yo llevaba siempre una felpa blanca y dos trenzas muy largas. Él me preguntaba cada día cuándo le iba a dar mis trenzas. Entonces no lo entendía. Me estaba pidiendo que me casara con él. En los pueblos de Andalucía, las mujeres se cortaban el pelo cuando se casaban, y en las coplas del Sur aparecen mucho esos símbolos. Me han dicho que es una costumbre que nos viene del tiempo de los moros. Quizá tuviera algo que ver. Nunca lo supe.

Manolín resultaba un pesado, siempre con la misma cantinela. Cuando la cambió la eché de menos. Empezó con otra.

—¿Cuándo vas a querer salir conmigo?

Se puso igual de pesado con aquello. Había días en que me ponía de mala leche. Se lo decía a sus hermanas y ellas me contestaban que yo le gustaba mucho. Desde luego, perseverancia no le faltaba. Creo que a mí también me gustaba, y mucho, pero tenía tantos problemas en casa que, inconscientemente, huía de crearme otro de aquel tipo.

Si a mi madre ya le molestaba que estuviera tanto con sus hermanas, qué decir si me hubiera dado por salir con él. Además, en aquellos tiempos, las mujeres debíamos andar con pies de plomo. En cuanto nos veían dos veces con el mismo muchacho nos endosaban un novio y, al segundo que te colocaban, ya estaban tachándonos de todo, menos de bonita.

Una noche, estando en la Plaza Mayor, se fue la luz en el pueblo. La oscuridad seguía poniéndome mala. Me acerqué un poco a él, apenas sin rozarnos, buscando algo de amparo. Él no desaprovechó el bache.

—Nena, ¿quieres ser mi novia?

Como no le veía la cara, no sentí vergüenza y le dije que sí. Me cogió la mano y me besó. Cuando sentí su cara en la

mía, me recorrió un escalofrío que nunca he vuelto a sentir. Fue una sensación única. Aunque, respondiendo a las enseñanzas del pueblo, le demostré todo lo contrario.

—¿Eres tonto o qué? ¿Para eso me quieres de novia? ¿Para aprovecharte de mí?

Supe que mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados, que entraba en otra etapa y, sobre todo, supe que se iniciaba una historia de amor, posiblemente la única en mi vida.

Tenía casi trece años y él dieciséis. Alguien debería haberme dicho entonces que no es bueno querer tanto a alguien. Manolín era un chaval genial, respetuoso y cariñoso como pocos. Conocía los problemas de mi casa y trataba de compensarlo con bromas y sonrisas. Siempre tenía una palabra de aliento para mí. A los pocos meses del apagón en la Plaza Mayor, me dijo que debía ir a mi casa. Una barbaridad, teniendo en cuenta la edad de los dos. Se lo hice ver, pero insistió.

—Es que quiero hablar con tus padres. Todo el pueblo nos ve despedirnos en la esquina y ya sabes cómo es la gente.

—¿Y qué hacemos con mi madre?

—Prefiero aguantar la cara de tu madre antes que darle motivos a la gente para que hablen mal de ti.

Aquello me sonó a gloria bendita. Volví a advertirle. Mi madre no lo consentiría. Los dos sabíamos que el único camino era mi padre.

Una noche, a mediados de diciembre de 1966, se llegó a mi casa para hablar con ellos. Mientras tanto, yo me fui a casa de una amiga, mayor que yo, ya casada y con hijos, hasta que llegara Manolín. El tiempo se me hizo una eternidad. Todo había sido inútil. Éramos muy jóvenes para hacernos novios —había dicho mi padre—, pero la cosa había transcu-

rrido con cordialidad y quedado dentro de una cierta tolerancia. Mi madre no pudo consentirlo y cuando el muchacho se marchaba, ella, que no había abierto la boca en todo el rato, le espetó:

—Tú aquí no vuelves a entrar más. Ni como novio ni como amigo. Así que ya puedes ponerte a buscar a otra.

—Pero señora, su marido me ha dado permiso.

—Aquí lo que diga mi marido no cuenta para nada.

—Si eso es lo que usted piensa, yo lo respeto, señora. Pero cuando vengan diciéndole que han visto a su hija despedirse en una esquina no se le ocurra decirle nada. Y de lo que diga la gente de ella, usted será la única responsable. Yo he querido hacer las cosas por lo derecho. Luego no venga con quejas.

Lo echó casi a patadas. Cuando lo vi llegar a casa de mi amiga, supe que todo había salido mal. Él no tenía muchas ganas de hablar. Me enteré luego. Estaba triste, como no le había visto nunca.

—Nena, cuando llegues allí, procura no contestarle a tus padres, te digan lo que te digan. De esa manera no tendrán motivos para pegarte. Si te castigan lo vamos a tener peor.

Al llegar a la esquina, nos despedimos y me hizo ver que se marchaba. En realidad se quedó cerca, temiendo que tuviera problemas. Los tuve. Sólo por preguntar, a mi padre, por supuesto.

—¿Por qué son así las cosas, padre?

Él no contestó. Mi madre sí.

—Jamás vas a meter a un tío en esta casa, ni como novio ni como amigo. Porque aquí mando yo y no lo voy a consentir. Eso es lo que hay. Si no te interesa así, coges la puerta y te vas.

—Pues voy a seguir saliendo con él y no se te ocurra decirme nada cuando me veas en la esquina o por la calle. No pienso dejarlo.

Ese fue el momento preciso en que me puse el mundo por montera. Seguía asistiendo al colegio, a los talleres de costura. La cosa era no parar en casa. Mi madre y yo ya no podíamos vernos. Procuraba quitarme todo lo que me apetecía. No me dejaba escuchar la radio y, cuando salía, se llevaba los plomillos y me dejaba sin luz. A mí me encantaban Karina, los Fórmula V, Cecilia y aquellas canciones de entonces; de modo que compré unos plomillos y le pillé las vueltas.

Ella no tragaba a Manolín y yo lo quería con toda mi alma. La madre de él también cambió de actitud. Como amiga de las niñas, estaba todo bien; como novia no parecía santo de su devoción. Todo parecía ponerse en contra.

La mayoría de los días, cogía la puerta por la mañana y volvía por la noche. Si no tenía donde ir, me quedaba en casa de alguna amiga o de un tío mío, que tenía una hija tres años mayor que yo. Otras veces me iba al cine. Pasaba olímpicamente de mi madre.

Un día, se compró un retal para hacer unas cortinas. Yo se lo di a mi maestra de sastras y le pedí que me hiciera un vestido de tirantes, para el verano. Me preguntó si lo sabía mi madre. Le dije que sí. Mentía. Mientras tanto, en casa, ella se volvía loca buscando la tela de las cortinas. Yo callaba y decía para mis adentros «sigue buscando, sigue, que ya verás donde se van a colgar». Disfrutaba como una loca viéndola de los nervios.

Para el día de San Juan le pedí a mi padre que me comprara unos zapatos nuevos. Él me dijo que se lo dijera primero a mi madre. Me negué y, al final, me los compró él. Tenían un poquito de tacón. Eran los primeros zapatos de

mujer. Estaba muy contenta, porque iba a estrenar las dos cosas, porque me gustaba estar guapa, porque deseaba que Manolín me viera así y porque le iba a dar un sofocón a ella.

Llegó el día. No podía ponerme delante de mi madre con aquel vestido. Le pregunté si iba a salir y me dijo que iría a casa de su hermana. Aproveché para arreglarme. Cuando mi padre me vio salir de mi cuarto con el vestido de la cortina, puso el grito en el cielo. A mí me importó bien poco. Me fui a la calle, sabiendo lo que me esperaba cuando volviera a casa. De momento, fuera no había peligro. Allí no me pegaría. Siempre hacía las cosas de puertas para adentro.

En la plaza del pueblo me sentí guapa, feliz, con mis amigas y Manolín. La vi llegar, con la boca apretada y el entrecejo fruncido —como siempre en realidad— y deseé que la tierra me tragara. No me pegó. Casi lo hubiera preferido, antes de escuchar todo lo que salió por su boca, delante de él y de mis amigos. Aquello, más que una mujer, era el auténtico demonio que llevaba dentro. Me mandó irme a casa. Le dije que fuera ella para allá, que luego iría yo. Se quedó esperándome. Sabía la tunda de palos que me aguardaba. Pero como era tan a diario, una paliza más no me importaba. Mientras tanto, fui feliz paseándome por todo el pueblo.

Los meses que siguieron fueron aún peores. Los insultos me dolían más que los palos. Me hizo auténticas perreras. Todavía, recordándolo, se me hace un nudo en la garganta y termino llorando.

Un 28 de diciembre —el día de los Santos Inocentes, precisamente— cuando parecía que las cosas se habían calmado, entró en mi habitación. Era muy temprano y hacía un frío que pelaba. La vi tan fría y distante como de costumbre.

–Hoy vas de viaje. A Córdoba, con tu padre.

–¿Para qué?

Salió del dormitorio sin contestarme. Mi padre sí me dijo algo.

–Vamos a un sitio en donde estarás muy bien.

No eché muchas cuentas hasta que le vi coger una maleta de cartón, a rayas. Salí detrás de él sin escuchar una palabra más de ella. Sentí su mirada triunfante en mi espalda y una sensación de impotencia que me ahogaba. Se había salido con la suya.

Subimos a la catalana en la parada de Cuatro Caminos. Hasta Córdoba, había alrededor de veintitrés kilómetros y más de una hora de baches. Los mismos que estuve preguntando a mi padre adónde me llevaba y pensando en que no me habían dejado despedirme de Manolín. Él contestaba lo mismo hasta que, quizá cansado de mi insistencia, fue más explícito.

–Mira, tu madre no te quiere ya en la casa. Dice que no eres buena y que tiene muchos problemas contigo. Siempre estáis peleando.

Esa fue su explicación. Era un hombre de pocas palabras y menos carácter. Al llegar a Córdoba, tomamos un taxi y cruzamos la ciudad hasta Puerta Nueva. Frente a la maternidad sentí como si me cayera una losa encima. Allí estaban los ventanales de mi recuerdo, el jardín, la verja, la cancela de la entrada, los ventanales por donde apenas asomaban haces diminutos de luz. Allí había estado yo. No era una fantasía.

–Yo aquí no me quedo, padre. Conozco bien este sitio. He vivido antes en él.

Él se quedó mirándome con el semblante cambiado. No sabía qué decirme o no quiso decírmelo. Yo también le mi-

raba. Me costaba creer que, el mismo hombre a cuyo cuello me había abrazado el día que me pusieron mis primeros zapatos, estuviera devolviéndome de nuevo allí como un trapo usado. Nos abrió una monja. Habló con ella. No supe de qué, aunque lo imagino, porque al rato llegó un señor y hablaron los dos.

–Manuel, aquí no puede quedarse ya. Es muy grande. Y tú, niña, a ver si eres más buena y te pones a servir, que ya tienes edad de trabajar.

Lo miré y pensé: «Otro que no puede ni verme, ¿qué habré hecho para esto?». A lo largo de mi vida siempre me he preguntado por qué la gente se empeñaba en no quererme y en repetirme lo mismo: que fuese buena.

Como no hubo manera de dejarme allí, fuimos otra vez con la maleta de cartón de vuelta al pueblo. Yo iba encantada de la vida. Mi padre se preguntaba en voz alta qué iba a decirle ahora a mi madre. El pobre hombre era consciente de la que se le venía encima por no haber podido cumplir el mandato.

Estaba deseando llegar al pueblo para correr a ver a mis amigas y a Manolín. El castillo, otra vez al fondo, me activó el recuerdo de mi infancia: los juegos, los paseos a caballo y el camino hasta el pueblo en brazos de mi padre. ¡Era tan dulce la memoria y habría sido tan fácil ir olvidando la sala, la cuna y las tocas del Hospicio! Las monjas en cambio no se habían olvidado de mí. No se conformaron con aparecer en el cortijo. Seguían en el telón de fondo de mi vida, como una amenaza, y yo volvía otra vez al mismo miedo.

La idea de que me sacaran del pueblo me había puesto un nudo en el estómago que no se alivió hasta verme otra vez en la catalana, de vuelta a Almodóvar. Aquel pueblo,

que es como un anillo de casas blancas envolviendo las faldas del castillo, me parecía el más bonito del mundo; y a pesar de sentirme tan mal en casa, fuera de ella no echaba nada de menos. Tenía amigas y tenía a Manolín. Mi madre insistía en que esas amistades ni me convenían, ni eran buenas personas. A mí no me importaba porque no lo sentía así. La razón era que la madre de él estaba sola, con el “marío” en Alemania y a la gente que levantan hasta los paños del altar, le dio por criticarla.

Con el tiempo llegué a una conclusión: No quería que tuviera amigas porque su miedo al qué dirán le hacía temer por cuanto pudiera contarles. No sabía lo innecesario que era contar nada cuando veían a diario las señales de sus palizas y mi desgana por volver a casa. Las personas cercanas sabían lo que me estaba pasando y lo comentaban. Sólo eso. Nadie tuvo agallas para denunciarlo.

A veces, he pensado que si alguien hubiese sido un poquito valiente, no hubiera seguido viviendo en aquel infierno; otras me doy cuenta que ella tenía de su parte a gente muy poderosa: a su señora y a su confesor. Curas y ricos eran los dueños de la España de entonces. Cuando, ya mayor, conseguí leer los informes que sobre mi se dieron en el pueblo, comprendí hasta qué punto estaba protegida por todos y, especialmente, por ellos dos.

Tras el viaje a Córdoba, al llegar a casa, encontramos a mi madre en la puerta de la calle, hablando con las vecinas. Le contaba su versión de mi marcha, a su modo de ver, la buena acción del día. Al vernos se quedó pálida, blanca como una pared, completamente muda. Fue como una grama a la que se le acaba la cuerda.

—Manolo, ya lo sabes; aquí no la quiero. ¡Que no la quiero aquí, Manolo!

—No he podido hacer nada —contestaba mi padre aturdido.

—¿Tú eres tonto o qué? Te dije que la dejaras donde fuera, donde sea. Aquí no.

La miraba escupir su veneno, de pie, con mi maleta de cartón entre las manos «Está completamente loca», pensé.

—Esta noche duermes en el suelo. Tu cama ya no está. La he quitado.

—No importa. La pones otra vez y ya está —respondí serena.

Decir aquello y guantearme la cara fue todo una. Yo ya estaba acostumbrada a sus arranques. Nada nuevo. Aquella noche juró y perjuró que me haría salir de su casa. No era una amenaza, era una decisión. Sabía que, tarde o temprano, se saldría con la suya.

Los días siguientes fueron un infierno. Me tenía enfadada. A las primeras de cambio montaba una bronca. Cualquier razón le servía; no ya para pegarme, sino para hacer que mi padre me pegara también. En varias ocasiones, las palizas fueron gordas. Él, que nunca me había puesto la mano encima, parecía un animal. Hasta tal punto lo cizañaba contra mí y le desataba los nervios.

Una noche, a mediados de mayo, el hombre estaba cenando. Yo me había acostado ya y ella también. Desde el cuarto empezó a meter baza. La niña ha hecho esto y lo otro. Parecía que le habían dado cuerda. Yo no me callaba y ella seguía. Debimos ponerlo negro entre las dos. Se levantó de pronto preguntando:

—¿Dónde está la correa?

Mi madre dio un salto de la cama y se fue a buscarla. No contaba con que yo la había escondido debajo de mi colchón.

—La correa está en la cocina —dije yo.

Cuando él se levantó a por ella, la saqué de mi cama y le dije a mi madre.

—Ahora vas a probarla tú también.

Le di un correazo y —lo juro por mi vida— me quedé más a gusto que un marrano en un charco. Después se lió la marimorena. Me dio igual. Estaba harta. Seguía preguntándome por qué no podría ser como las demás niñas; felices y queridas por sus padres. ¿Por qué insistían en que fuera buena? ¿Qué tenía yo de mala? Era una niña. Suspiraba por una caricia, por un beso, por un “cuánto te quiero” que jamás escuché de ellos. Sólo recibía palos; por la mañana, por la tarde y por la noche. No conformes con eso, me tiraban por los suelos mi honra y mi reputación. Había gente en el pueblo que decían sentir pena de mí. Otras le prohibían a sus hijas juntarse conmigo porque —siempre el mismo sambenito— no era buena.

Me fui tragando aquello. No sabía qué hacer. Me obsesionaba que me echaran de casa. ¿Dónde podría ir yo? Pasaba el tiempo y llegué a tener la esperanza de que se le hubiera olvidado. Pero no. Fracasado su plan A, había fraguado un segundo. Lo puso en marcha el 14 de mayo de 1969. Eran las dos o las tres de la madrugada y estábamos durmiendo. Llamaron a la puerta. Mi padre y mi madre fueron a mi habitación.

—Abre la puerta —dijeron.

—Yo no abro.

–Abre, que te vas.

Ya está otra vez la loca dando por saco, pensé. Pero insistieron tanto, que terminé por abrir. Era la Guardia Civil.

–Anda, niña, vístete que te vienes al cuartelillo.

–¿Al cuartelillo yo? ¿Qué he hecho? ¿Por qué?

–Allí te lo contamos.

Antes de salir entré en su habitación. Ninguno de los dos se había movido de la cama. Si las miradas fueran puñales los dos se hubieran quedado allí, más tiesos que una mojama. Yo no dije nada, ni me dijeron por ahí te pudras. Me dolió por mi padre. Me faltaban seis días para cumplir quince años.